

Rafael Almeida. Erasmo Quintana

domingo, 19 de agosto de 2007

Modificado el domingo, 04 de noviembre de 2007

Rafael Almeida, en GuÅ-a, un desconocido

Por Erasmo Quintana

Ocupa

hoy nuestro interÃ©s la figura de un excepcional personaje guinense, cuyo ciclo prolÃ­ficamente vital, discurriÃ³ en casi todo el siglo XIX y primer tercio del XX.

RAFAEL ALMEIDA, EN GUÅ•A, UN DESCONOCIDOPor Erasmo Quintana

Ocupa hoy nuestro interÃ©s la figura de un excepcional personaje guinense, cuyo ciclo prolÃ­ficamente vital, discurriÃ³ en casi todo el siglo XIX y primer tercio del XX. A simple vista, lo que llama la atenciÃ³n del observador en este hijo de GuÅ-a es que le hayan reconocido sus muchos mÃ©ritos en Las Palmas de Gran Canaria, rotulÃ¡ndole una calle que confluye en la plaza de Farray, Guanarteme, y en GuÅ-a, lugar donde vio la luz primera y donde muriÃ³; donde desarrollÃ³ una intensa actividad polÃ­tica siendo alcalde, pasando por el comercio y la agricultura en los que su impronta se verÃ­a coronada por el Ã©xito, todo en mejora y beneficio de su pequeÃ±o, pero importante solar, no tenga tambiÃ©n rotulada una calle que diga perennemente a sus paisanos el gran hombre que fue. Personaje temperamental, inteligente y de insobornable rectitud, llegarÃ­a a la alcaldÃ­a impelido por la necesidad de reconducir la nave Consistorial, pues tocaba fondo en los arrecifes de la mala administraciÃ³n. (El progreso o el estancamiento de los municipios a ella se debe en gran medida, indudablemente). Ãpoca aciaga en la que los comportamientos democrÃ¡ticos se reducÃ­an a la mÃ¡s grotesca de las caricaturas: Un alcalde â€”AgustÃ­n Aguilar- elegido por el procedimiento censitario, una vez nombrado, cambiaba su cargo con Salvador MartÃ­n Bento, juez en propiedad; y asÃ­, de la noche a la maÃ±ana quien era juez fue alcalde y quien alcalde, juez. Hombre Ã­ntegro don Rafael Almeida Mateos y honesto a carta cabal, se verÃ­a obligado a dejar el cargo por la intriga al uso de la Ã©poca: Don Antonio LÃ³pez Botas presentaba a don Fernando LeÃ±n y Castillo para diputado a Cortes por el distrito de GuÅ-a; don Pedro Acedo, sin la autorizaciÃ³n de don Rafael Almeida comprometiÃ³ a Ã©ste con su voto a sabiendas de su filiaciÃ³n republicana. PresentÃ¡base un monÃ¡rquico y un republicano. El alcalde Almeida desautorizarÃ­a a su â€”representanteâ€” y dio el apoyo, como era de suponer, al republicano el doctor Miguel Rosas. Esto le granjeÃ³ la enemistad con los monÃ¡rquicos ganadores y, hastiado de intrigas y maquinaciones del mÃ¡s bajo estilo, abandonarÃ­a la polÃ­tica para siempre. Ello no hizo interrumpir sus grandes dotes de hombre de acciÃ³n. A Ã©l se debe en buena cuota el muelle de El Refugio en Las Isletas, convenciendo a don Juan LeÃ±n y Castillo de la idoneidad de su ubicaciÃ³n â€”que a Ã©l se debe y no a su hermano don Fernando la idea del estudio de lo que serÃ­a el gran muelle de La Luz-. Hasta el punto, que el polÃ­tico llegÃ³ a pedir no lo relacionaran â€”con tan descabellado proyectoâ€” al conocer el costo presupuestario inicial. La clarividencia de Almeida Mateos quedÃ³ pues de manifiesto, pues eran momentos en que se disponÃ­an nuevamente a reparar el viejo muelle de San Telmo, derrochando asÃ­ capital y esfuerzo cada aÃ±o, ya que el pequeÃ±o abrigo era vÃ­ctima en cada estaciÃ³n invernal de los grandes temporales. La anÃ©cdota de Rafael Almeida, en nuestro parecer mÃ¡s curiosa, es que a Ã©l se debe, en parte, la producciÃ³n a gran escala de la platanera, al menos en lo que a nuestra isla se refiere. Fue con ocasiÃ³n de la visita que hizo al ArchipiÃ©lago la inglesa viajera Olivia M. Stone; la que, cuando recalÃ³ por GuÅ-a, con intenciÃ³n de ver la cueva de la bella Andamana (Cueva pintada de GÃ¡ldar), traÃ­a carta de presentaciÃ³n a nombre de nuestro importante guinense. Como un buen caballero, Ã©ste dispuso todo lo necesario, e incluso acompaÃ±Ã³ a la inglesa mÃ¡s allÃ¡, hasta las tumbas aborÃ­genes del Maizepe, en Agaete. Eran tiempos en que decaÃ­a el cultivo de la caÃ±a de azÃºcar; Ã©poca en que la cochinilla estaba igualmente en franco retroceso â€”como hoy lo estÃ¡ el tomate, por ejemplo-, pues salÃ­a al mercado la anilina, tintura quÃ­mica que acabarÃ­a desplazÃ¡ndola. Miss Stone, observando un pequeÃ±o cercado de bananos contiguo a la Cueva, le dijo cÃ³mo no embarcaban esa fruta para Londres, pues era muy estimada allÃ­. A esto le contestarÃ­a que la producciÃ³n era escasa porque los buques venÃ­an de tarde en tarde. La viajera le replicÃ³: â€”No es razÃ³n convincente, Sr. Almeida; produzcan ustedes muchas bananas y ya vendrÃ¡n buques con bastante frecuencia a cargarla y distribuirla por Europaâ€”. â€”Tiene usted mucha razÃ³nâ€” le contestÃ³. Fue a partir de entonces cuando empeÃ±o trabajo de mentalizaciÃ³n, artÃ­culos en prensa incluidos, hasta que la idea fue tomando cuerpo y creciendo, creciendo, para llegar a lo que fue: Uno de los primeros productos de nuestra tierra. Y a todas estas, quÃ© desmemoriados, cicateros y poco agradecidos somos â€”entre los que me incluyo- con los prÃ©ceres que ha dado GuÅ-a de Gran Canaria. Â¿Veremos algÃºn dÃ­a una calle con su nombre? Erasmo Quintana. Agosto de 2007.